

El mito del amor o como hacer el ridículo amando en *Polvos de arroz* de Sergio Galindo

Rosalba Pérez Priego

“Los días se me hacen noches mientras no te veo; y las noches, días resplandecientes cuando el sueño me muestra tu imagen”. (Shakespeare, Soneto XLIII, fragmento).

Uno de los momentos más embarazosos para cualquier crítico literario es el de “situar” a un autor dentro de alguna corriente literaria, generación, grupo o movimiento artístico determinado; situación además incómoda, tanto para el crítico como para el autor, que en la mayoría de los casos se resiste a ser encasillado y que muchas veces reirá de buena gana ante los fallidos y fatigosos trabajos que se toma el crítico en cuestión.

Por eso, no voy a caer en la trampa. Simplemente diré que Sergio Galindo es un escritor contemporáneo, en pleno proceso creativo (Xalapeño, si esto importa), que en 1951 publica por primera vez una colección de cuentos *La máquina vacía*; y que es ésta, *Polvos de arroz*, que publica la Col. Ficción de la Universidad Veracruzana en 1958, su primera novela.

Un escritor es un revelador de la realidad. Alumbrá áreas determinadas, las rodea o penetra, las pone en relieve o las esfuma; el narrador “se adueña” de la situación y guía al lector hacia esa área iluminada de la realidad. En *Polvos de arroz*, Sergio Galindo, me llevó al mundo profundo, misterioso, ambiguo, desconcertante, desconsolador, torturante y ridículo del amor.

Trataré, en este trabajo, de hacer evidente de

qué manera el autor, una vez habiéndose planteado un problema central: el amor sentimental que se da a destiempo, resuelve su planteamiento de manera satisfactoria. Porque creemos que hacer evidente el problema de que se trata y cómo se ha resuelto, representa la premisa fundamental de cualquier análisis.

“El mito del amor” o de “Cómo hacer el ridículo amando”, es el nombre de esta ponencia.

Se ha dicho (Denis de Rougemont: “L’Amour et L’Occident”), que es a partir del siglo XII, fecha en que aparece la leyenda de “Tristán e Iseo”, que se establece en occidente el mito del amor-pasión. Es el filtro mágico de Tristán el que siempre ha simbolizado el proceso psicológico del amor.

No es, evidentemente, pues, el amor-pasión un hecho primitivo de la condición humana; es un mito que ha ido creciendo, estructurándose, marcando sus propias características y dictando sus propias leyes. Un mito se explicará con base en el fin que persigue, y en los medios para alcanzarlo. Así, no podemos desvincular los medios de los resultados. De la misma manera, que si cambian las leyes que lo rigen, se verá transformado en otro mito. Dichas leyes, a su vez, le darán al mito su carácter determinista.

Ocurre, dice Ortega y Gasset en su ensayo

“Amor en Stendhal” que una vez iniciado el proceso del enamoramiento, transcurre con una monotonía desesperante. “Todos los que se enamoran, se enamoran lo mismo —el listo y el tonto, el joven y el viejo, el burgués y el artista”; esto —agrega— confirma su carácter mecánico. Una vez que alguien se enamora, “vive embobado, ensimismado, contemplando en su propio interior la imagen del amado, siempre presente. Esta concentración hacia su propio interior da al enamorado una apariencia de sonámbulo, de lunático, de “encantado”.

En *Polvos de arroz*, Sergio Galindo trata un tema aparentemente provinciano, pero no es así; el tema de la mujer “que se queda soltera”, no por su propia decisión, sino por las circunstancias que se van dando, como de manera inexorable en el contexto espacial, social, temporal en el que vive.

Un buen día Camerina Rabasa (el personaje central femenino), solterona ya para entonces, confinada al ámbito de una típica casa xalapeña (corredores en cuadro, jardín al centro, fuente en medio, humedad en las paredes, pájaros en jaula), y ocupada de tejer zapatos y “chambritas” para los hijos de otras mujeres; un buen día, lee en “Confidencias” (inefable revista mexicana de los años 40-50) lo siguiente:

Soy joven, ojos café claro, piel casi blanca, muy tímido. Quisiera encontrar dama capaz de comprenderme y a quien escribir. Mi familia quiere que me case con una prima, pero yo no la quiero. Creo que puedo encontrar a la que amo si la busco, pero no sé cómo empezar a hablarle a una mujer. No sabría qué decirle ni qué hacer. Mi indecisión me agobia y a ratos quiero matarme. Necesito a alguien que me aconseje y me dé cariño.

y es este anuncio, la piedra de toque que desquicia la mente y el cuerpo de Camerina Rabasa, cuerpo que la protagonista contempla por primera vez desnudo ante un espejo de “cuerpo entero”, perturbada, porque “esos mismos ojos (los del espejo) podían ser los de Juan Antonio” (el joven “indeciso” del anuncio, a quien ha contestado, de quien se ha enamorado, y con quien mantiene ya una correspondencia regular, y con el que ha quedado de en-

contrarse, por primera vez en la ciudad de México). Cuerpo gordo, “noventa y ocho kilos estremecidos por el llanto” (al dudar entre entrevistarse con su novio o no). “Gorda, monstruosamente gorda”. De repente, transformada en “una mujer joven”, “embrujada” por el amor, Camerina Rabasa suspira, vuelve a suspirar, escribe: “Mi adorado Juan Antonio, dentro de una semana podremos vernos” o “Amor mío, lo que dijiste ayer ¿es cierto? ¿deveras me harás vivir?”; o “Sí, te quiero. Me lo repito y lo creo, lo siento, pero dímelo tú a mí, repítemelo en cada una de las líneas de tus cartas, tus palabras siempre suenan en mi oído como si fuera la primera vez que las dijeras. Dime que me amas. Muchas veces, dímelo millones de veces.” . . . Y Camerina ya no se ve (sólo a veces, un rayo fugaz e inoportuno, de conciencia de sí misma, la perturba) y se entrega por completo a su amor, a sus sueños; pero “hay algo más ridículo que creer en los sueños” se dice ella misma. Y están además los verdugos, los asesinos de sueños (encarnados en su sobrina Julia y los hijos de ésta, Lucio y Perla), están ahí para matar el sueño, si alguna vez se creyó en él:

- ¿Te imaginas el susto de ese pobre muchacho?
- Debería preocuparse por sus años, no por sus kilos.
- ¡Es un vejestorio!
- ¡Pobre, querida vieja chocha!
- ¡Pero alborotarse a su edad!
- Es algo tan risiblemente tierno.

¿Por qué razón, me pregunto, el amor de Camerina Rabasa se vuelve ridículo?, obviamente porque viola las leyes del mito del amor-pasión, y queda la pregunta —cursi si se quiere— pero presente: ¿por qué el corazón del hombre no envejece?, ¿por qué el corazón del hombre-femenino de Camerina Rabasa no envejeció al mismo tiempo que su cuerpo? ¿Por qué la mujer (menos el hombre) se ve ridiculizada si ama a destiempo?, ¿por qué rendimos tanto culto al mito del amor-pasión si es tan ambiguo?

Sergio Galindo, en *Polvos de arroz*, cumplió muy satisfactoriamente su propósito. Se hizo un planteamiento: el problema del amor sentido a destiempo, y lo resolvió con éxito.